LA CIGARRA Y LA HORMIGA, Y OTRAS FÁBULAS   JEAN DE LA FONTAINE



La cigarra y la hormiga,

y otras fábulas

Jean de La Fontaine



Jean de la Fontaine

La cigarra y la hormiga, y otras fábulas



Jean de la Fontaine

Escritor nacido en Francia en el año 1621. Famoso por sus fábulas. Fue miembro de un grupo dentro del que destacaban escritores como Moliere y Racine.

La crítica resalta la fuente de inspiración de las obras de este autor en la lectura de escritores como Ariosto, Bocaccio, Francois Rabelais y Margarita de Navarra. En el año 1644 publica *Cuentos y relatos en versos*. En 1683 se hace miembro de la Academia Francesa. Entre una de sus principales obras luego de sus fábulas figura una adaptación (1654) de *Eunuco*, del dramaturgo romano Terencio.

Fallece en París, el año 1695.

La cigarra y la hormiga, y otras fábulas
Jean de la Fontaine

Juan Pablo de la Guerra de Urioste
Gerente de Educación y Deportes

Doris Renata Teodori de la Puente
Asesora de Educación

Alex Winder Alejandro Vargas
Jefe del Programa Lima Lee

Editor del programa Lima Lee: José Miguel Juarez Zevallos
Asesor de investigación: John Martínez Gonzáles
Selección de textos: María Grecia Rivera Carmona
Corrección de estilo: Manuel Alexander Suyo Martínez
Diagramación: Leonardo Enrique Collas Alegría
Concepto de portada: Melissa Pérez García

Editado por la Municipalidad de Lima

Jirón de la Unión 300, Lima

www.munlima.gob.pe

Lima, 2020

Presentación

La Municipalidad de Lima, a través del programa "Lima Lee", apunta a generar múltiples puentes para que el ciudadano acceda al libro y establezca, a partir de ello, una fructífera relación con el conocimiento, con la creatividad, con los valores y con el saber en general, que lo haga aún más sensible al rol que tiene con su entorno y con la sociedad.

La democratización del libro y lectura son temas primordiales de esta gestión municipal; con ello buscamos, en principio, confrontar las conocidas brechas que separan al potencial lector de la biblioteca física o virtual. Los tiempos actuales nos plantean nuevos retos, que estamos enfrentando hoy mismo como país, pero también oportunidades para lograr ese acercamiento anhelado con el libro que nos lleve a desterrar los bajísimos niveles de lectura que tiene nuestro país.

La pandemia del denominado Covid-19 nos plantea una reformulación de nuestros hábitos, pero, también, una revaloración de la vida misma como espacio de

interacción social y desarrollo personal; y la cultura de la mano con el libro y la lectura deben estar en esa agenda que tenemos todos en el futuro más cercano.

En ese sentido, en la línea editorial del programa, se elaboró la colección "Lima Lee", títulos con contenido amigable y cálido que permiten el encuentro con el conocimiento. Estos libros reúnen la literatura de autores peruanos y escritores universales.

El programa "Lima Lee" de la Municipalidad de Lima tiene el agrado de entregar estas publicaciones a los vecinos de la ciudad con la finalidad de fomentar ese maravilloso y gratificante encuentro con el libro y la buena lectura que nos hemos propuesto impulsar firmemente en el marco del Bicentenario de la Independencia del Perú.

Jorge Muñoz Wells
Alcalde de Lima

LA CIGARRA Y LA HORMIGA Y OTRAS FÁBULAS

LA CIGARRA Y LA HORMIGA

La Cigarra, después de cantar todo el verano, se halló sin vituallas cuando comenzó a soplar el frio del invierno: ¡ni una ración fiambre de mosca o de gusanillo!

Hambrienta, fue a lloriquear en la vecindad, a casa de la Hormiga, pidiéndole que le prestase algo de grano para mantenerse hasta la cosecha. «Te lo pagaré con las setenas», le decía, «antes de que venga el mes de agosto».

La Hormiga no es prestamista: ese es su menor defecto. «¿Qué hacías en el buen tiempo? —preguntó a la pedigüeña—. No quisiera enojarte, pero la verdad es que te pasabas cantando día y noche. Pues, mira: así como entonces cantabas, baila ahora».

EL CUERVO Y EL ZORRO

Estaba un señor Cuervo posado en un árbol, y tenía en el pico un queso. Atraído por el tufillo, el señor Zorro le habló en estos o parecidos términos: «¡Buenos días, caballero Cuervo! ¡Gallardo y hermoso eres en verdad! Si el canto corresponde a la pluma, te digo que entre los huéspedes de este bosque tu eres el Ave Fénix».

El Cuervo al oír esto, no cabía en la piel de gozo, y para hacer alarde de su magnífica voz, abrió el pico, dejando caer la presa.

La tomó el Zorro y le dijo: «Aprende, señor mío, que el adulador vive siempre a costas del que le atiende; la lección es provechosa; bien vale un queso».

El Cuervo, enfadado, juró, aunque algo tarde, que no caería más en la trampa.

LA RANA QUE QUISO HINCHARSE COMO UN BUEY

Vio cierta Rana a un Buey, y le pareció bien su corpulencia. La pobre no era mayor que un huevo de gallina, y quiso, envidiosa, hincharse hasta igualar en tamaño al fornido animal.

—Mirad, hermanas —decía a sus compañeras—; ¿es bastante? ¿No soy aún tan grande como él?

—No.

—¿Y ahora? —Tampoco.

—¡Ya lo logré!

—¡Aún estás muy lejos!

Y el infeliz animal se hinchó tanto, que reventó.

Lleno está el mundo de gentes que no son más avisadas. Cualquier ciudadano de la medianía se da ínfulas de gran

señor. No hay principillo que no tenga embajadores. Ni encontrarás marqués alguno que no lleve en pos tropa de pajes.

LOS DOS MULOS

Andaban dos Mulos, anda que andarás. Iba el uno cargado de avena; llevaba el otro la caja de recaudo. Envanecido este de tan preciosa carga, por nada del mundo quería que le aliviasen de ella. Caminaba con paso firme, haciendo sonar los cascabeles.

En esto, se presenta el enemigo, y como lo que buscaba era el dinero, un pelotón se echó sobre el Mulo, lo tomo del freno y lo detuvo. El animal, al defenderse, fue acribillado, y el pobre gemía y suspiraba.

—¿Esto es —exclamó el primer Mulo—, lo que me prometieron? El Mulo que me sigue escapa al peligro; ¡yo caigo en él, y en él perezco!

—Amigo, dijo el otro; no siempre es una ganga tener un buen empleo: si hubieras servido, como yo, a un molinero patán, no te verías tan apurado».

EL LOBO Y EL PERRO

Era un Lobo, y estaba tan flaco, que no tenía más que piel y huesos: tan vigilantes andaban los perros del ganado. Encontró a un Mastín, rollizo y lustroso, que se había extraviado. Acometerlo y destrozarlo, es cosa que hubiese hecho de buen grado el señor Lobo; pero había que emprender singular batalla, y el enemigo tenía trazas de defenderse bien.

El Lobo se le acerca con la mayor cortesía, entabla conversación con él, y le felicita por sus buenas carnes.

—No estás tan lucido como yo, porque no quieres —contesta el Perro—: deja el bosque; los tuyos, que en él se guarecen, son unos desdichados, muertos siempre de hambre. ¡Ni un bocado seguro! ¡Todo a la ventura! ¡Siempre al atisbo de lo que caiga! Sígueme, y tendrás mejor vida.

Preguntó el Lobo:

—¿Y qué tendré que hacer?

—Casi nada —repuso el Perro—: acometer a los pordioseros y a los que llevan bastón o garrote; acariciar a los de casa, y complacer al amo. Con tan poco como es esto, tendrás por gajes buena pitanza, las sobras de todas las comidas, huesos de pollos y pichones; y algunas caricias, por añadidura.

El Lobo, que tal oye, se forja un porvenir de gloria, que le hace llorar de gozo.

Camino haciendo, advirtió que el perro tenía en el cuello una peladura.

—¿Qué es eso? —preguntó.

—Nada.

—¡Cómo nada!

—Poca cosa.

—Algo será.

—Será la señal del collar a que estoy atado.

—¡Atado! —exclamó el Lobo—. Pues ¿qué? ¿No vas y vienes a dónde quieras?

—No siempre, pero eso, ¿qué importa?

—Importa tanto, que renuncio a tu pitanza, y renunciaría a ese precio el mayor tesoro.

Dijo, y echó a correr. Aún está corriendo.

LA TERNERA, LA CABRA Y LA OVEJA, EN COMPAÑÍA DEL LEÓN

La Ternera, la Cabra y la Oveja, hicieron compañía, en tiempos de antaño, con un fiero León, señor de aquella comarca, poniendo en común pérdidas y ganancias.

Cayó un ciervo en los lazos de la Cabra, y al punto envió la res a sus socios. Se presentaron todos y el León le sacó las cuentas. «Somos cuatro para el reparto», dijo, despedazando a cuartos el ciervo, y hechas partes, tomó la primera, como rey y señor. «No hay duda —dijo—, en que debe ser para mí, porque me llamo León. La segunda me corresponde también de derecho: ya sabes cual derecho, el del más fuerte. Por ser más valeroso, exijo la tercera. Y si alguno de vosotros toca la cuarta, en mis garras morirá».

LAS ALFORJAS

Dijo un día Júpiter:

—Comparezcan a los pies de mi trono los seres todos que pueblan el mundo. Si en su naturaleza encuentran alguna falta, díganlo sin empacho: yo pondré remedio. Ven, señor Mono, habla primero; razón tienes para este privilegio. Ve a los demás animales; compara sus perfecciones con las tuyas: ¿estás contento?

—¿Por qué no? ¿No tengo cuatro pies, lo mismo que lo demás? No puedo quejarme de mi estampa; no soy como el Oso, que parece medio esbozado nada más.

Llegaba, en esto, el Oso, y creyeron todos que iban a oír largas lamentaciones. Nada de eso; se alabó mucho de su buena figura; y se extendió en comentarios sobre el Elefante, diciendo que no sería malo alargarle la cola y recortarle las orejas; y que tenía un corpachón informe y feo.

El Elefante, a su vez, a pesar de la fama que goza de sesudo, dijo cosas parecidas: opinó que la señora Ballena era demasiado corpulenta. La Hormiga, por lo contrario, tachó al pulgón de diminuto.

Júpiter, al ver cómo se criticaban unos a otros, los despidió a todos, satisfecho de ellos. Pero entre los más desjuiciados, se dio a conocer nuestra humana especie. Linces para atisbar los flacos de nuestros semejantes; topos para los nuestros, nos lo dispensamos todo, y a los demás nada. El Hacedor Supremo nos dio a todos los hombres, tanto los de antaño como los de hogaño, un par de alforjas: la de atrás para los defectos propios; la de adelante para los ajenos.

LA GOLONDRINA Y LOS PAJARITOS

Una Golondrina había aprendido mucho en sus viajes. Nada hay que enseñe tanto. Preveía nuestro animalejo hasta las menores borrascas, y antes de que estallasen, las anunciaba a los marineros.

Sucedió que, al llegar la sementera del cáñamo, vio a un labriego que echaba el grano en los surcos. «No me gusta eso, dijo a los otros Pajaritos. Lástima me dan. En cuanto a mí, no me asusta el peligro, porque sabré alejarme y vivir en cualquier parte. ¿Ves esa mano que echa la semilla al aire? Día vendrá, y no está lejos, en que ha de ser su perdición lo que va esparciendo. De ahí saldrán lazos y redes para atraparos, utensilios y máquinas, que serán para ustedes prisión o muerte. ¡Guárdelos Dios de la jaula y de la sartén! Conviene, pues, —prosiguió la Golondrina—, que coman esa semilla. Créanme».

Los Pajaritos se burlaron de ella: ¡había tanto que comer en todas partes! Cuando verdearon los sembrados del cáñamo, la golondrina les dijo: «Arranca todas las

yerbecillas que han nacido de esa malhadada semilla, o están perdidos».

—¡Fatal agorera! ¡Embaucadora! —le contestaron— ¡No nos das mala faena! ¡Poca gente se necesitaría para arrancar toda esa sementera!

Cuando el cáñamo estuvo bien crecido: «¡Esto va mal! —Exclamó la Golondrina— la mala semilla ha sazonado pronto. Pero, ya que no me han atendido antes, cuando vean que está hecha la trilla, y que los labradores, libres ya del cuidado de las mieses, hacen guerra a los pájaros, tendiendo redes por todas partes, no vuelen de aquí para allá; permanezcan quietos en el nido, o emigren a otros países: imiten al pato, la grulla y la becada. Pero la verdad es que no están en estado de cruzar, como nosotras, los mares y los desiertos: lo mejor será que se escondan en los agujeros de alguna tapia». Los Pajaritos, cansados de oírla, comenzaron a charlar, como hacían los troyanos cuando abría la boca la infeliz Casandra. Y les pasó lo mismo que a los troyanos: muchos quedaron en cautiverio. Así nos sucede a todos: no atendemos más que a nuestros gustos; y no damos crédito al mal hasta que lo tenemos encima.

EL RATÓN DE CIUDAD Y EL DE CAMPO

Cierto día un Ratón de la ciudad convidó a comer muy cortésmente a un Ratón del campo. Servido estaba el banquete sobre un rico tapiz: figúrese el lector si lo pasarían bien los dos amigachos.

La comida fue excelente: nada faltaba. Pero tuvo mal fin la fiesta. Oyeron ruido los comensales a la puerta: el Ratón ciudadano echó a correr; el Ratón campesino siguió tras él.

Cesó el ruido: volvieron los dos Ratones:

—Acabemos —dijo el de la ciudad.

—¡Basta ya! —replicó el del campo—. ¡Buen provecho te hagan tus regios festines! no los envidio. Mi pobre pitanza la engullo sosegado; sin que nadie me inquiete. ¡Adiós, pues! Placeres con zozobra poco valen.

EL LOBO Y EL CORDERO

La razón del más fuerte siempre es la mejor: ahora lo verán.

Un Corderillo sediento bebía en un arroyuelo. Llegó en esto un Lobo en ayunas, buscando pendencias y atraído por el hambre.

—¿Cómo te atreves a enturbiarme el agua? —dijo malhumorado al corderillo—. Castigaré tu temeridad.

—No se irrite Su Majestad —contestó el Cordero—; considere que estoy bebiendo en esta corriente veinte pasos más abajo, y mal puedo enturbiarle el agua.

—Me la enturbias, gritó el feroz animal; y me consta que el año pasado hablaste mal de mí.

—¿Cómo había de hablar mal, si no había nacido? No estoy destetado todavía.

—Si no eras tú, sería tu hermano.

—No tengo hermanos, señor.

—Pues sería alguno de los tuyos, porque me tienen mala voluntad todos ustedes, sus pastores y sus perros. Lo sé de buena tinta, y tengo que vengarme.

Dicho esto, el Lobo me lo apresa, me lo lleva al fondo de sus bosques y me lo come, sin más auto ni proceso.

EL HOMBRE Y SU IMAGEN

(AL SR. DUQUE DE LA ROCHEFOCAULD)

Un Hombre enamorado de sí mismo, y sin rival en estos amores, se tenía por el más gallardo y hermoso del mundo. Acusaba de falsedad a todos los espejos, y vivía contentísimo con su falaz ilusión. La Suerte, para desengañarle, presentaba a sus ojos en todas partes esos mudos consejeros de que se valen las damas: espejos en las habitaciones, espejos en las tiendas, espejos en las bolsas y hasta en el cinturón de las señoras. ¿Qué hace nuestro Narciso? Se esconde en los lugares más ocultos, no atreviéndose a sufrir la prueba de ver su imagen en el cristal. Pero un canalizo que llena el agua de una fuente, corre a sus pies en aquel retirado paraje: se ve en él, se exalta y cree divisar una quimérica imagen. Hace cuánto puede para evitar su vista; pero era tan bello aquel arroyo, que le daba pena dejarlo.

Comprenderás a dónde voy a parar: a todos me dirijo: esa ilusión de que hablo, es un error que alimentamos complacidos. Nuestra alma es la enamorada de sí misma:

los espejos, que en todas partes encuentra, son las ajenas necedades que retratan las propias; y en cuanto al canal, cualquiera lo adivinará: es el Libro de las Máximas[1].

1 *El Libro de las Máximas*, obra famosa y clásica del duque de la Rochefoucauld, amigo y protector de La Fontaine.

EL DRAGÓN DE MUCHAS CABEZAS Y EL DE MUCHAS COLAS

Un mensajero del Gran Turco se vanagloriaba, en el palacio del Emperador de Alemania, de que las fuerzas de su soberano eran mayores que las de este imperio. Un alemán le dijo: «Nuestro Príncipe tiene vasallos tan poderosos que por sí pueden mantener un ejército». El mensajero, que era varón sesudo, le contestó: «Conozco las fuerzas que puede armar cada uno de los Electores, y esto me recuerda una aventura, algo extraña, pero muy verídica. Estaba en lugar seguro, cuando vi pasar a través de un seto las cien cabezas de una hidra. La sangre se me helaba, y no era para menos. Pero todo quedó en susto: el monstruo no pudo sacar el cuerpo adelante. En esto, otro dragón, que no tenía más que una cabeza, pero muchas colas, asoma por el seto. ¡No fue menor mi sorpresa, ni tampoco mi espanto! Pasó la cabeza, pasó el cuerpo, pasaron las colas sin tropiezo: esta es la diferencia que hay entre vuestro Emperador y el nuestro».

LOS LADRONES Y EL JUMENTO

Por un Jumento robado se peleaban dos Ladrones. Mientras llovían puñetazos, llega un tercer Ladrón y se lleva el Borriquillo.

El Jumento suele ser alguna mísera provincia; los Ladrones, este o el otro Príncipe, como el de Transilvania, el de Hungría o el otomano. En lugar de dos, se me han ocurrido tres: bastantes son ya. Para ninguno de ellos es la provincia conquistada: viene un cuarto, que los deja a todos iguales, llevándose el Borriquillo.

SIMÓNIDES PRESERVADO POR LOS DIOSES

Nunca alabaremos bastante a los Dioses, a nuestra amante y a nuestro rey. Malherbe lo decía, y suscribo a su opinión: me parece una excelente máxima. Las alabanzas halagan los oídos y ganan las voluntades: muchas veces conquistas a este precio los favores de una hermosa. Veamos cómo las pagan los Dioses.

El poeta Simónides se propuso hacer el panegírico de un atleta, y tropezó con mil dificultades. El asunto era árido: la familia del atleta, desconocida; su padre, un hombre vulgar; él, desprovisto de otros méritos. Comenzó el poeta hablando de su héroe, y después de decir cuanto pudo, se salió por la tangente, ocupándose de Cástor y de Pólux; dijo que su ejemplo era glorioso para los luchadores; ensalzó sus combates, enumerando los lugares en que más se distinguieron ambos hermanos; en resumen: el elogio de aquellos Dioses llenaba dos tercios de la obra.

Había prometido el atleta pagar un talento por ella; pero cuando la hubo leído, no dio más que la tercera parte, diciendo, sin pelos en la lengua, que abonasen el resto Cástor y Pólux.

—Reclama a la celestial pareja —añadió—. Pero, quiero obsequiarles, por mi parte: vengan a cenar conmigo. Lo pasaremos bien: Los convidados son gente escogida; mis parientes y mis mejores amigos: sed de los nuestros.

Simónides aceptó: temió perder, a más de lo estipulado, los gajes del panegírico. Fue a la cena: comieron bien; todos estaban de buen humor. De pronto se presenta un sirviente, avisándole que a la puerta había dos hombres preguntando por él. Se levanta de la mesa, y los demás continúan sin perder bocado. Los dos hombres que le buscan, son los celestes gemelos del panegírico. Le dan las gracias, y en recompensa de sus versos, le advierten que salga cuanto antes de la casa, porque va a hundirse.

La predicción se cumplió. Flaqueó un pilar; el techo, falto de apoyo, cayó sobre la mesa del festín, quebrando platos y botellas. No fue esto lo peor: para completar la venganza, una viga rompió al atleta las dos piernas y

lastimó a casi todos los comensales. Publicó la fama estas nuevas. «¡Milagro!» gritaron todos; y doblaron el precio a los versos de aquél varón tan amado de los Dioses. No hubo persona bien nacida que no le encargase el panegírico de sus antecesores, pagándolo a quién mejor.

Vuelvo a mi texto, y digo, en primer lugar, que nunca serán bastante alabados los Dioses y sus semejantes. En segundo lugar, que Melpómene muchas veces, sin desdoro, vive de su trabajo; y por último, que nuestro arte debe ser tenido en algo. Hónranse los grandes cuando nos favorecen: en otro tiempo, el Olimpo y el Parnaso eran hermanos y buenos amigos.

LA MUERTE Y EL DESDICHADO

Un Desdichado llamaba todos los días en su ayuda a la Muerte. «¡Oh Muerte! exclamaba: ¡cuán agradable me pareces! Ven pronto y pon fin a mis infortunios». La Muerte creyó que le haría un verdadero favor, y acudió al momento. Llamó a la puerta, entró y se le presentó. «¿Qué veo? Exclamó el Desdichado; llévense a ese espectro; ¡cuán espantoso es! Su presencia me aterra y horroriza. ¡No te acerques, oh Muerte! ¡Retírate pronto!».

Mecenas fue hombre de gusto; dijo en cierto pasaje de sus obras: «Quede cojo, manco, impotente, gotoso, paralítico; con tal de que viva, estoy satisfecho. ¡Oh Muerte! ¡No vengas nunca!» Todos decimos lo mismo.

LA MUERTE Y EL LEÑADOR

Un pobre Leñador, agobiado bajo el peso del trabajo y de los años, cubierto de ramaje, encorvado y quejumbroso, camina a paso lento, en demanda de su ahumada choza. Pero, no pudiendo ya más, deja en tierra la carga, cansado y dolorido, y se pone a pensar en su mala suerte. ¿Qué goces ha tenido desde que vino al mundo? ¿Hay alguien más pobre y mísero que él en la redondez de la tierra? El pan le falta muchas veces, y el reposo siempre: la mujer, los hijos, los soldados, los impuestos, los acreedores, la carga vecinal, forman la exacta pintura del rigor de sus desdichas. Llama a la Muerte; viene sin tardar y le pregunta qué se le ofrece. «Que me ayudes a poder volver a cargar mi trabajo y mis años, al fin y al cabo no puedes tardar mucho».

La Muerte todo lo cura; pero bien estamos aquí: antes padecer que morir, es la divisa del hombre.

EL ZORRO Y LA CIGÜEÑA

El señor Zorro la echó un día de grande, y convidó a comer a su comadre la Cigüeña. Todos los manjares se reducían a un sopicaldo; era muy sobrio el anfitrión. El sopicaldo fue servido en un plato muy llano. La Cigüeña no pudo comer nada con su largo pico, y el señor Zorro sorbió y lamió perfectamente toda la escudilla.

Para vengarse de aquella burla, la Cigüeña le convidó poco después.

—¡De buena gana! —le contestó—; con los amigos no gasto ceremonias.

A la hora señalada, fue a casa de la Cigüeña; hizo mil reverencias, y encontró la comida a punto. Tenía muy buen apetito y trascendía a gloria la vianda, que era un sabroso salpicón de exquisito aroma. Pero ¿Cómo lo sirvieron? Dentro de una redoma, de cuello largo y angosta embocadura. El pico de la Cigüeña pasaba muy bien por ella, pero no el hocico del señor Raposo. Tuvo que volver en ayunas a su casa, orejas gachas, apretando

la cola y avergonzado, como si, con toda su astucia, le hubiese engañado una gallina.

EL NIÑO Y EL MAESTRO DE LA ESCUELA

En esta fabulita quiero hacerles ver cuán intempestivas son a veces las reconvenciones de los necios.

Un Muchacho cayó al agua, jugando a la orilla del Sena. Quiso Dios que creciese allí un sauce, cuyas ramas fueron su salvación. Asido estaba a ellas, cuando pasó un Maestro de escuela. Gritó el Niño: «¡Socorro, que muero!» Aquel, oyendo los gritos, se volvió hacia el niño y, muy grave y tieso, de esta manera le adoctrinó: «¿Se ha visto pillete como él? Contemplen en qué apuro le ha puesto su atolondramiento. ¡Encárguense después de calaverillas como este! ¡Cuán desgraciados son los padres que tienen que cuidar de tan malas crías! ¡Bien dignos son de lástima!» y terminada la filípica, sacó al Muchacho a la orilla.

Alcanza esta crítica a muchos que no se lo figuran. No hay charlatán, censor, ni pedante, a quien no siente bien el discursillo aquí expuesto y de pedantes, censores y charlatanes, es larga la familia. Dios hizo muy fecunda

esta raza. Venga o no venga al caso, no piensan en otra cosa que en lucir su oratoria.

—Amigo mío, sácame del apuro y guarda para después la reprimenda.

EL GALLO Y LA PERLA

Un día cierto Gallo, escarbando el suelo, encontró una perla, y se la dio al primer lapidario que halló a mano. «Fina me parece, le dijo, al dársela; pero para mí vale más cualquier grano de mijo o avena».

Un ignorantón heredó un manuscrito, y lo llevó en el acto a la librería vecina. «Me parece cosa de mérito, le dijo al librero; pero, para mí, vale más cualquier florín o ducado».

LOS ZÁNGANOS Y LAS ABEJAS

Por la obra se conoce al obrero.

Sucedió que algunos panales de miel no tenían dueño. Los Zánganos los reclamaban, las Abejas se oponían; El pleito llegó al tribunal de cierta Avispa: ardua era la cuestión; testigos deponían haber visto volando alrededor de aquellos panales unos bichos alados, de color oscuro, parecidos a las Abejas; pero los Zánganos tenían las mismas señas. La señora Avispa, no sabiendo qué decidir, abrió de nuevo el sumario, y para mayor ilustración, llamó a declarar a todo un hormiguero; pero ni por esas pudo aclarar la duda.

—¿Me quieres decir a qué viene todo esto? —preguntó una Abeja muy avisada—. Seis meses hace que está pendiente el litigio, y nos encontramos lo mismo que el primer día. Mientras tanto, la miel se está perdiendo. Ya es hora de que el juez se apresure; bastante le ha durado la ganga. Sin tantos autos ni providencias, trabajemos los Zánganos y nosotras, y veremos quién sabe hacer panales tan bien concluidos y tan repletos de rica miel.

No admitieron los Zánganos, demostrando que aquel arte era superior a su destreza, y la Avispa adjudicó la miel a sus verdaderos dueños.

Así debieran decidirse todos los procesos. La justicia de moro es la mejor. En lugar de código, el sentido común. No subirían tanto las costas. No sucedería como pasa muchas veces, que el juez abre la ostra, se la come, y les da las conchas a los litigantes.

LA ENCINA Y LA CAÑA

Dijo la Encina a la Caña:

—Razón tienes para quejarte de la naturaleza: un pajarillo es para ti grave peso; la brisa más ligera, que riza la superficie del agua, te hace bajar la cabeza. Mi frente, parecida a la cumbre del Cáucaso, no sólo detiene los rayos del sol; desafía también la tempestad. Para ti, todo es aquilón; para mí, céfiro. Si nacieses, a lo menos, al abrigo de mi follaje, no padecerías tanto: yo te defendería de la borrasca. Pero casi siempre brotas en las húmedas orillas del reino de los vientos. ¡Injusta ha sido contigo la naturaleza!

—Tu compasión, respondió la Caña, prueba tu buen natural; pero no te apures. Los vientos no son tan temibles para mí como para ti. Me inclino y me doblo, pero no me quiebro. Hasta el presente has podido resistir las mayores ráfagas sin inclinar el espinazo; pero hasta el fin nadie es dichoso.

Apenas dijo estas palabras, de los confines del horizonte acude furibundo el más terrible huracán que

engendró el septentrión. El árbol resiste, la caña se inclina; el viento redobla sus esfuerzos, y tanto porfía, que al fin arranca de cuajo a la Encina que elevaba la frente al cielo y hundía sus pies en los dominios del Tártaro.

“En esto, otro dragón, que no tenía más que una cabeza, pero muchas colas, asoma por el seto. ¡No fue menor mi sorpresa, ni tampoco mi espanto! Pasó la cabeza, pasó el cuerpo, pasaron las colas sin tropiezo: esta es la diferencia que hay entre vuestro Emperador y el nuestro...

Colección
Lima Lee

